



GROUCHO MARX HUÉSPED DEL LENGUAJE

EFRÉN GIRALDO

En uno de sus textos más recordados, el filósofo francés Henri Bergson se refirió a la risa como algo vivo, que nos permite entender la mayoría de las cosas importantes de la existencia. Se cumplen cuarenta años de la desaparición de quien es la figura más prominente de la comedia del siglo xx. Groucho Marx nació en Nueva York en 1890, participó en más de veinticinco películas, catorce de ellas con sus hermanos, y escribió seis libros, además de un conjunto nunca establecido de guiones. Aunque su mayor creación es la que corresponde a los genios auténticos: la de una personalidad irresistible, fijada con recursos como el bigote pintado, las cejas de gusano, los ojos desmesuradamente abiertos y el habano erguido.

Su obra verbal, que es la que interesa aquí, se compone de un puñado de apuntes, anécdotas, cartas, historias y chistes donde campean el cinismo y el ingenio, la ternura y la acidez. Una obra que, vista en conjunto, comparte con el arte y la literatura más avanzada del siglo xx la equívoca dignidad de haber hecho un monumento con un material que, al hallarse siempre a mano, es el más difícil: las flaquezas humanas. “Hay tantas cosas en la vida más importantes que el dinero... ¡pero cuestan tanto!”, lo escuchamos casi susurrando.

Talento narrativo, fuerza dramática y no pocos vuelos de lirismo dan el merecido estatus a una producción que encontró lugar en la cultura del entretenimiento florecida en Hollywood a partir de la década del cuarenta.

Y es que no por reposar en géneros y formas de la producción “populares”, las obras de Marx deben tener lugar inferior al de las creaciones más avanzadas de sus contemporáneos, Stravinski, Picasso o T. S. Eliot¹, su amigo y quizás más connotado admirador entre los intelectuales de avanzada.

Las frases de Groucho Marx muestran riquezas formales que van más allá del servicio ofrecido a la perplejidad



El efecto de los chistes de Groucho es semiótico y estético, pero también moral y político. El humor muestra a los seres humanos que pueden ser huéspedes y exiliados del lenguaje.

e, incluso, al mero esparcimiento. Se trata de piezas que revelan su carácter artístico una vez muestran su profunda conciencia del medio verbal y su capacidad para anticipar las respuestas del público. Si bien tomarse en serio un chiste es desdeñar de su propio propósito y —como dijo Gómez Dávila— citar a un autor es demostrar que “no se le ha asimilado”, convendría detenerse en las joyas del genio de la ocurrencia. El efecto de los chistes de Groucho es semiótico y estético, pero también moral y político. El humor muestra a los seres humanos que pueden ser huéspedes y exiliados del lenguaje.

Sus apuntes son, por si hace falta decirlo, un hecho verbal. Como en toda creación literaria genuina, el medio muestra aquello de lo que es capaz, pero también revela su insuficiencia y posibilidad de convertirse en una trampa para quien anda sin cuidado por sus dominios. Cuando leemos algo como “he pasado una noche maravillosa, pero no ha sido esta”, entendemos que la palabra puede ponernos en guardia contra ella misma. Una actitud atenta es la que conviene entonces para someternos a una emboscada casi siempre tendida con un elegante esguince de la gramática.

Si bien los chistes de Groucho se refieren a temas como la política, el dinero o el matrimonio, no se puede olvidar algo

«Yo encuentro la televisión bastante educativa. Cuando alguien la enciende en casa, me marchó a otra habitación y leo un buen libro».

que los filósofos del lenguaje han aportado a la comprensión del humor: su autorreferencialidad. Esto es, el hecho de que la sátira, la ironía y el chiste reposan sobre los juegos permitidos por la superficie llena de pliegues del lenguaje. Los apuntes de Groucho nos hacen asistir a un espectáculo intelectual: el de la palabra revelando su plasticidad. A este rasgo corresponden frases suyas como “disculpen si les llamo caballeros, pero es que no les conozco muy bien” o “antes de empezar a hablar, tengo algo importante que decir”. Pequeños giros que se entrometen en la entraña de cosas inocentes y aparentemente exentas de ambigüedad, como las fórmulas de cortesía. Con algo como “jamás olvido una cara, pero en su caso estaré encantado de hacer una excepción” comprendemos una cosa que los moralistas franceses nos enseñaron: que la simulación es uno de los componentes principales de la vida en el mundo.

Y es precisamente en esta dimensión autocrítica en la que el humor de Groucho muestra su capacidad para revelar laberintos insospechados. Esta es, sin duda, la cara seria de un humor que, pese a la inmediatez, a la obligación de hacer reír, se convierte en instrumento de conocimiento y, probablemente, de cura contra los males del Siglo. La frase “estos son mis principios. Si no le gustan, tengo otros” es como una especie de seña de identidad para una época en la que fracasaron los grandes referentes ideológicos. “El secreto de la vida es la honestidad y el juego limpio” reza la verdad de a puño, pero Groucho se queda callado para reponer a continuación: “si puedes fingir eso, lo lograste”.

Los recursos que se advierten en los juegos lingüísticos de Groucho son de diverso tipo. Uno de ellos es el de una trampa lógica que envuelve al lector y lo va llevando por un camino de lugares comunes o de asociaciones obvias, antes de tender una zancadilla. “Él puede

parecer un idiota y actuar como un idiota, pero no se deje engañar, es un idiota”. O también: “Cuando un gato negro se cruza en tu camino, eso significa que el animal va a alguna parte”.

Podemos acudir aquí a un concepto del semiólogo Roland Barthes, quien al hablar de las máximas de La Rochefoucauld, un remoto precursor de Groucho y de Woody Allen, las definió como juegos de identidad que decepcionaban al lector. Se trata, en algunos casos, de definir algo por una propiedad negativa o por algo que no es. “Por lo común la clemencia de los príncipes no es otra cosa que política para ganar el amor de los pueblos” dice La Rochefoucauld en sus *Máximas*. “La televisión es muy educativa. Cada vez que alguien la enciende me voy a otro cuarto a leer un libro” nos dice Groucho. Este recurso es estético pero también supone una ética.

De la misma manera, se puede pensar la estructura de los mejores apuntes de Groucho como un juego que, para ser verdadero, no puede ser reversible, una tesis que desarrolló Umberto Eco en una conferencia sobre el

Esta capacidad de atentar contra el lugar común y, como decía Emile Zolá, de encarnar una lucha a muerte “contra las convenciones”, confirma la dimensión crítica y moral del chiste, pero también, cuando su elaboración es cuidadosa, su pertenencia a terrenos del arte.

humor en Oscar Wilde. Eco dice que hay aforismos que tienen una relación conflictiva con la verdad. A este primer tipo de aforismo lo llama aforismo “cancroide” —de “cangrejo”, que puede andar hacia atrás—. El aforismo cancroide es el vehículo “de una verdad muy parcial y, a menudo, después de haberlo invertido, nos revela que ninguna de las dos perspectivas que abre resulta verdadera: parecía verdadero solo porque resultaba gracioso”. Un aforismo como “la Historia no es más que una aventura de la libertad” puede convertirse fácilmente en otro mediante una inversión sencilla: “la libertad no es más que una aventura de la Historia”. Como recuerda Eco, la inversión revela que los dos enunciados son solo ingeniosos, lo que indica que tienen una relación apenas relativa con la verdad.

Recurrir a las frases que están en las películas y libros de Groucho es una especie de cura para el alma. Y no solo porque la risa refresque con su bálsamo las heridas de la vida, sino porque ellas encarnan, bajo la apariencia del ingenio y la agudeza, las verdades más importantes, aquellas que por hipocresía evitamos discutir.

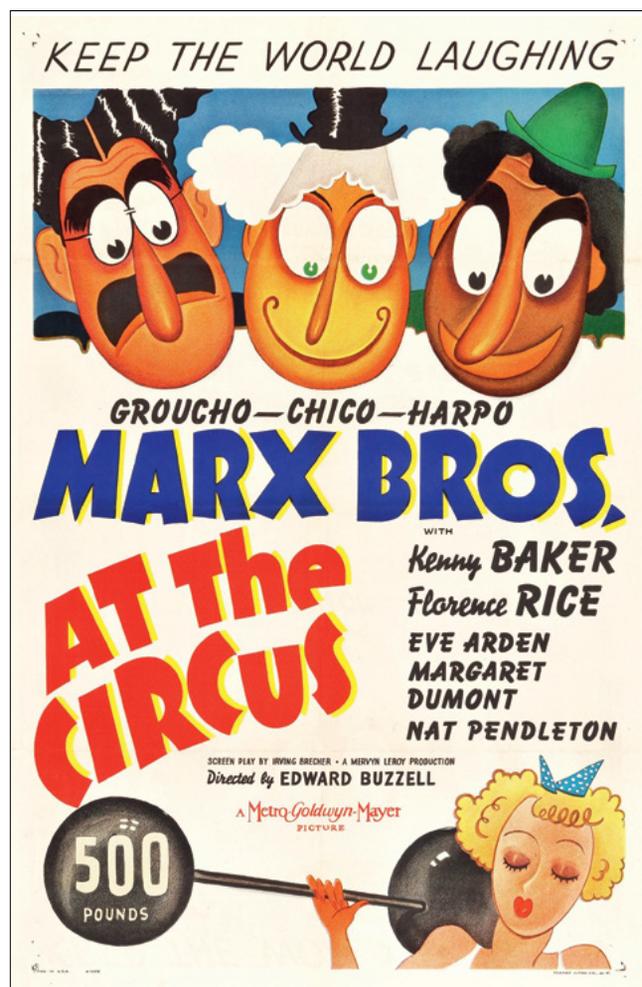
Por el contrario, cuando no pueden ser invertidos los aforismos nos llevan a una forma más elevada, el segundo tipo en la clasificación de Eco, aquella que logra plenitud en las películas y libros de Groucho: la paradoja. Con la frase “me niego a unirme a cualquier club que acepte como miembro a alguien como yo”, recordamos algo que pocos entienden cuando se sienten excluidos: que la pertenencia es una ficción, porque, como dice Premat, solo es una “apropiación imaginaria de lo existente”.

Ahora bien, podemos considerar también la idea de que, al ser exaltación del medio verbal, los chistes de Groucho Marx nos llevan por un tobogán semántico que desemboca en el vacío. Se trata, en tales casos, de un lenguaje que solo comunica sus propias potencialidades, sin atender a lo que hay en el exterior. “Fuera del perro, un libro es el mejor amigo del hombre, y dentro del perro está probablemente demasiado oscuro para leer”. “Los que dicen que pueden ver a través de una mujer se están perdiendo un montón de cosas”.

En otros casos, los aforismos pueden llegar a un nivel más elevado y convertirse en paradojas lacerantes. Frases de este tipo, y todavía siguiendo a Eco, resultan notables porque crean un “hiato entre las expectativas de la opinión común y su forma provocadora”. John Geary, uno de los más importantes estudiosos y antólogos del aforismo, ha recordado que la característica principal de textos como los chistes de Groucho es la aparición de un giro impensado. “He disfrutado mucho con esta obra de teatro, especialmente en el descanso”, escuchamos en una de las películas de los hermanos Marx.

Esta capacidad de atentar contra el lugar común y, como decía Emile Zolá, de encarnar una lucha a muerte “contra las convenciones”, confirma la dimensión crítica y moral del

chiste, pero también, cuando su elaboración es cuidadosa, su pertenencia a terrenos del arte. También, cuando tiene estas características, nos revela su capacidad para ir más allá del juego verbal y entrar en los asuntos más propios de la cultura y la política. Por ejemplo, un consejo paternal parece partir del cinismo, pero bien mirado enfoca sus dardos contra la impostura: “Hijo mío, la felicidad está hecha de pequeñas cosas: un pequeño yate, una pequeña mansión, una pequeña fortuna”.



Una tarde en el circo, película cómica realizada en 1939

Hay, entonces, un grupo de apuntes que no se caracterizan por su autonomía o autosuficiencia. Se trata de aquellos que, muy claramente, hacen parte de un contexto, que es el que fundamentalmente le aportan las escenas o improvisaciones donde se dicen. (“¿Pagar la cuenta? Qué costumbre tan absurda. Yo de ti no lo haría”). Esto, quizás, determina la pertenencia de las frases de Groucho al mundo de la conversación y la interacción social “espontánea”.²

La acidez contra la política, la democracia y las instituciones es de antología. Frases como “la política es el arte de buscar problemas, encontrarlos, hacer un diagnóstico falso y aplicar después los remedios equivocados” o “inteligencia militar es una contradicción de términos” son parte del repertorio de cualquier sátira antisistema que se respete.

Coger el lugar común y torcerle el pescuezo, caminar por su senda aparentemente segura, pero mostrar con simpleza que todo es una tontería: esa es la proeza de los apuntes de Groucho Marx, que pasaron a abastecer una despensa de sabiduría portátil, el mismo lugar donde habitan los aforismos de Bernard Shaw y Georg Christoph Lichtenberg, de Pascal y Oscar Wilde, de Emil Cioran y Nicolás Gómez Dávila.

Según la tradición, coleccionar citas, anécdotas o apuntes es una actividad que está en el corazón de las tecnologías de la memoria. Los centones fueron en tiempos antiguos un pasatiempo y un recurso para amenizar la velada. La colección de citas fue, por su parte y ya en la Edad Media, una de las fuentes de la recreación aristocrática, y tuvo que pasar mucho tiempo para que un artefacto tan humilde como un trozo de texto se convirtiera en una acartonada fuente de autoridad. Una cadena memorable de palabras que se han guardado con cariño provee de consejo y sabiduría en momentos de vacío. Las citas y frases aisladas son algo que ni la misma banalización de Twitter podrá socavar.

Recurrir a las frases que están en las películas y libros de Groucho es una especie de cura para el alma. Y no solo porque la risa refresque con su bálsamo las heridas de la vida, sino

porque ellas encarnan, bajo la apariencia del ingenio y la agudeza, las verdades más importantes, aquellas que por hipocresía evitamos discutir. Groucho Marx es probablemente uno de los más brillantes e inadvertidos agentes de la creciente conciencia del lenguaje que caracterizó al siglo xx. La acidez deconstructiva de Duchamp, la capacidad performativa de Joyce y la inteligencia de Cage resuenan en un comediante al que debemos algunas de las iluminaciones más penetrantes de nuestra época.

Al leerlo, podemos entender que nos habla cara a cara y que el objeto de sus bromas somos nosotros mismos. De paso, alcanzamos a entender el insignificante lugar que cada uno de nosotros ocupa en el universo. En un mundo dominado por el exhibicionismo, por la vanidad de las *selfies* y las “publicaciones” compulsivas en las redes sociales, por el individualismo y la hipocresía, conviene atender a lo que Groucho dice con aire de confidencia a un compañero de fiesta: “No mire ahora, pero en esta habitación sobra alguien... y me parece que es usted”. ■

Efrén Giraldo (Colombia)

Ensayista y crítico. Profesor del Departamento de Humanidades de la Universidad EAFIT. Entre sus libros se cuentan *Entre delirio y geometría* (2013), *La poética del esbozo* (2014), *La línea sin reposo* (2016) y *Cartas a una joven ensayista* (2017).

Notas

¹ La relación de Eliot y Groucho es uno de los capítulos más interesantes de la relación entre la vanguardia y la cultura del entretenimiento, y en parte está recogida en la correspondencia de este último. La admiración del más radical renovador de la lírica contemporánea por el genio del humor es, acaso, el homenaje sincero del arte “serio” a sus orígenes populares y una requisitoria a favor de la primacía de la comedia como arte superior.

² La espontaneidad de elaboraciones como las de Groucho Marx es siempre relativa, algo que debe tomarse con reserva. Esta es la doble cara de sus chistes, pues son construcciones, muchas veces complejas, destinadas a irrumpir con inocencia en la sencillez de la vida cotidiana. Tienen contexto conversacional, y eso hace que necesiten del relato para que se capte toda su fuerza. Esto ocurre con algunas anécdotas que, pese a haber sido modificadas por la leyenda urbana, mantienen su frescura. Por ejemplo, se sabe de la admiración que Groucho producía en los integrantes de la banda de rock británica Queen, quienes tomaron títulos de las películas de los hermanos Marx para sus dos álbumes más exitosos: *A Night at the Opera* y *A Day at the Races*. La anécdota cuenta que Groucho llamó a Freddie Mercury para preguntarle si tenía interés en ponerle el título de su nueva película a un futuro álbum. ¿El título? “Éxitos de los Rolling Stones”. Por otro lado, también se recuerda que Groucho Marx tuvo un concurso de radio y televisión llamado *You Bet your Life*. Allí, una vez entrevistó a una mujer que había tenido veinte hijos. Cuando Groucho le preguntó por qué, ella dijo, entre otras razones, que quería mucho a su marido. A lo que el comediante repuso: “Señora, a mí me gusta mucho mi cigarro, pero de vez en cuando me lo saco de la boca”. La anécdota que dice que Groucho pidió para su tumba el epitafio “perdonen que no me levante” es de este mismo género.